

SEGUIDORA FIEL DE JESÚS

15 de Agosto de 2021

Evangelio según LUCAS 1, 39-56

María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito:

-¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

María dijo:

-Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa

✠ - Ψ - ✠

María es la gran creyente. La primera seguidora de Jesús. La profetisa que canta al Dios, salvador de los pobres, anunciado por él. La madre fiel que permanece junto a su Hijo perseguido, condenado y ejecutado en la cruz. Testigo de Cristo resucitado. Lucas, por su parte, nos invita a hacer nuestro el canto de María, para dejarnos guiar por su espíritu hacia Jesús, pues en el «Magnificat» brilla en todo su esplendor la fe de María y su identificación maternal con su Hijo Jesús.

María comienza proclamando la grandeza de Dios: «mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava». María es feliz porque Dios ha puesto su mirada en su pequeñez. Así es Dios con los sencillos. María lo canta con el mismo gozo con que bendice Jesús al Padre, porque se oculta a «sabios y entendidos» y se revela a «los sencillos». La fe de María en el Dios de los pequeños nos hace sintonizar con Jesús.

María proclama al Dios «Poderoso» porque «su misericordia llega a sus fieles de generación en generación». Dios pone su poder al servicio de la compasión. Su misericordia acompaña a todas las generaciones. Lo mismo predica Jesús: Dios es misericordioso con todos. Por eso dice a sus discípulos de todos los tiempos: «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso».

Desde su corazón de madre, María capta como nadie la ternura de Dios Padre y Madre, y nos introduce en el núcleo del mensaje de Jesús: Dios es amor compasivo.

María proclama también al Dios de los pobres porque «derriba del trono a los poderosos» y los deja sin poder para seguir oprimiendo; por el contrario, «enaltece a los humildes» para que recobren su dignidad. A los ricos les reclama lo robado a los pobres y «los despide vacíos»; por el contrario, a los hambrientos «los colma de bienes» para que disfruten de una vida más humana. Lo mismo gritaba Jesús: «los últimos serán los primeros».

María nos lleva a acoger la Buena Noticia de Jesús: Dios es de los pobres. María nos enseña como nadie a seguir a Jesús, anunciando al Dios de la compasión, trabajando por un mundo más fraterno y confiando en el Padre de los pequeños.



LOS HUMILDES

María, madre de Dios,
perdona nuestros santuarios:
en ellos apenas te encontramos a ti;
allí brillan más las coronas, las espadas,
los bastones de mando,
las joyas y tesoros de este mundo.

Nuestros sueños de grandezas,
imposibles de lograr por la mayoría,
los hemos desplazado junto a ti;
te hemos recreado como un ídolo,
que no eres tú, sino el fruto de nuestra imaginación.
Lo hemos mezclado con la verdad del Evangelio:
porque también allí aparece tu sencillez.

Tu desprendimiento,
tu confianza en el Padre Dios,
tu amor a los necesitados,
tu apertura y libertad,
moldearon la infancia de Jesús;
en tu regazo vivió Jesús las bienaventuranzas.

Tu vida pobre como la de tu hijo Jesús,
terminó en la plena glorificación de la vida resucitada;
eres por tanto una de nuestras primicias:
prenda y garantía de las promesas de Dios.

Para reflexionar

✓ ¿Estamos reconocidos al Señor? ¿Nos hacemos lenguas de sus maravillas?

✓ ¿Estamos alegres... en el Señor? ¿Nos produce gozo el sabernos elegidos por el bautismo?

✓ ¿Estamos atentos a la Palabra de Dios? ¿Tratamos de alumbrarla en nuestra vida? ¿Apostamos por un mundo mejor... para todos, como Dios manda?

QUE NADA NI NADIE NOS quite LA ALEGRÍA

Hoy podemos ver en María, en la fiesta de su ascensión, una confirmación de la resurrección y de la nueva vida que nos trae Jesús, y una garantía de la nuestra. Pero esta alegría no puede ser una coartada para presumir que todo está ya terminado, sino un acicate para levantar el ánimo, consolidar la esperanza y animarnos en las tareas de la paz y de la justicia. María, en el canto del «magnificat», que es como su manifiesto, apuesta por la utopía, por un mundo patas arriba, en el que los pobres salen de apuros y los ricos ven desmoronarse su fortuna, donde los prepotentes caen de sus pedestales y los «donnadie» asumen las riendas del mundo.

La alegría nos lleva con María a apostar por otro mundo, un mundo como Dios manda, como el que Dios nos manda.

